

PROCEDIMIENTOS ENUNCIATIVOS DE LA AUTOBIOGRAFÍA FICTICIA EN *MI MADRINA* Y DE LA NOVELA AUTOBIOGRÁFICA EN *MARCOS RAMÍREZ*

Dorde Cuvardic García.*

RESUMEN

Carlos Luis Fallas ofrece, en su práctica novelística, interesantes manifestaciones de la llamada *literatura del yo*, entre ellas *Mi madrina* y *Marcos Ramírez*. El análisis de estas novelas nos permitirá reflexionar sobre importantes estrategias enunciativas planteadas por la escritura autobiográfica en relación con el proyecto de construcción de la personalidad – identidad- del sujeto.

Palabras clave: Autobiografía ficticia, novela autobiográfica, procedimientos enunciativos, técnicas del sí.

ABSTRACT

Carlos Luis Fallas offers in his novels interesting manifestations of so-called literature of my self, as in *Mi madrina* and *Marcos Ramírez*. The analysis of these novels will allow us to think about important enunciating strategies proposed by auto-biographic writing concerning the project of the subject's personality-identity.

Key Words: Fictional autobiography, autobiographical novel, declarative procedures, techniques of the self.

***Mi madrina* como autobiografía ficticia**

En el marco de sus tres grandes modalidades (*autobiografía*, *autoficción* y *literatura epistolar*) podemos designar a *Mi madrina*, de Carlos Luis Fallas, como *autobiografía ficticia*. Un *paratexto* confirma de entrada esta pertenencia: la *dedicatoria*. Las iniciales de la firma de esta última (J.R.A.) remiten al nombre y los apellidos del narrador del relato: Juan Ramón Artavia. El narrador se identifica con el personaje protagonista. Además, se reconoce a sí mismo como autor de una autobiografía que dice haber terminado.

La autobiografía no sólo es un modo de lectura, estrategia posible de realizar en potencia

ante cualquier novela, como dice Paul de Man (1984), sino que también se caracteriza por ciertas convenciones o procedimientos genéricos. En este sentido, lo que diferencia a la *autobiografía* como tal de la *autobiografía ficticia* es que en la primera se presenta una identidad entre Autor=Narrador=Protagonista, mientras que en la segunda la relación es $A \neq N = P$. Algunos investigadores consideran la autobiografía ficticia como una contradicción (Magallanes Latas, 1996), por cuanto define a la *autobiografía* el hecho de ser una escritura producida por un *referente real*, por un ser humano 'real', de carne y hueso. Pero deja de ser tal contradicción si distinguimos en todo texto ficcional dos circuitos comunicativos. En primer lugar, el circuito comunicativo que se

* Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 18/04/10 - Aceptación: 20/04/10

establece en el *mundo posible* donde viven los personajes, y en segundo lugar el protagonizado por un autor que ofrece una ficción a sus lectores. Este segundo circuito comunicativo está protagonizado por el autor, Carlos Luis Fallas, y por sus lectores, desde que se publicó el libro hasta la actualidad. Sólo en este último plano, la autobiografía titulada *Mi madrina* se entiende como *ficticia*, procedente de un individuo ficcional, es decir, cuya *identidad* no se puede contrastar o verificar con la identidad, presente en documentos, de algún habitante de la Costa Rica histórica.

En cambio, en el primer circuito, establecido en el *mundo posible* de la ficción, Juan Ramón Artavia es autor de una autobiografía, básicamente circunscrita a su infancia, que dedica a los habitantes del barrio donde se crió. Entendiendo a Juan Ramón como entidad *real* en el mundo posible en el que vive, él, desde su condición de adulto, ejecuta ‘realmente’ una escritura autobiográfica cronológicamente lineal de su infancia. En este mundo posible se da una identidad entre A=N=P: es el personaje protagonista y narrador de su propia autobiografía. Incorpora a esta última, además, una dedicatoria. Conoce las convenciones del género. Se dirige a los potenciales lectores de su relato, entre ellos los habitantes de su barrio, como sus destinatarios.

Reproduzcamos la dedicatoria: “Dedico estas mal escritas páginas, que resumen la verídica y sincera historia de mi infancia, a la humilde gente del barrio donde yo me crié y donde hoy ejerzo mi profesión de médico.” Vemos que Juan Ramón Artavia, como persona que vive en un mundo posible rural –y no entendido como ente ficcional– declara ofrecer una historia ‘verídica y sincera’. Préstese atención al hecho de que no dice *verosímil*. Se encuentra sujeto al *pacto de veracidad* con su público lector al publicar su autobiografía, por cuanto el relato de su vida se encontrará a disposición de unos individuos, los habitantes del barrio donde creció (por lo menos de aquellos que sepan leer), que podrán cotejar desde sus recuerdos la verdad o falsedad de las afirmaciones que plantea en su escritura. En el mundo posible en el que vive, Juan Ramón ofrece

su texto como discurso *fáctico*, no como discurso *ficticio*. Se encuentra doblemente comprometido con este *pacto de veracidad* si prestamos atención al hecho de que en el momento de publicar su autobiografía se encuentra residiendo en el pueblo donde se crió. El público lector le podría pedir explicaciones si considerase que no se sujetó en su escritura autobiográfica al criterio de verdad. Artavia publica una autobiografía centrada en el *bios*, en la historia de su infancia (en esto último coincidente con muchas novelas autobiográficas), en la *fidelidad* referencial.

Se presenta en la dedicatoria de *Mi madrina* la puesta en relación explícita de un enunciador con un destinatario colectivo, algo muy poco común en la historia de este paratexto, sobre todo en el mundo occidental, donde predomina el destinatario individual (familiar, amigo, lector...). Entre todas las modalidades enunciativas de dedicatoria, desde la tipología de Puech y Couratier (1987), que a pesar de analizar dedicatorias manuscritas, podemos extrapolar a las editadas, e incluso a las ficcionales, en el caso de *Mi madrina* se manifiesta la relación *enunciador-obra*. Juan Ramón Artavia plantea su relación con la obra que ha escrito en términos de *sinceridad*. Puech y Couratier afirman que en muchas dedicatorias de este tipo el autor minimizará el valor de la obra, incluso hasta el punto de despreciarla. Así sucede en el caso de *Mi madrina*: “estas mal escritas páginas”, así es como evalúa Juan Ramón su escritura. En cambio, desde el circuito establecido entre Carlos Luis Fallas y sus lectores, esta dedicatoria no es sino un recurso más para dotar de *verosimilitud realista* a la ficción que ha estructurado. Lo mismo sucede con el procedimiento del *manuscrito encontrado*, que aparece en *El infierno verde*, de Marín Cañas.

Otro procedimiento discursivo que convierten a *Mi madrina* en *autobiografía ficticia* es la incorporación del lugar y de la fecha de conclusión de la escritura que ha realizado Juan Ramón: *Alajuela, 5 de abril de 1950*. En todo caso, este mecanismo reviste una alta carga de ambigüedad, ya que también se puede referir a la fecha en la que Carlos Luis Fallas terminó la redacción de su texto literario

(*Mi madrina*). Este procedimiento reviste menor carga de ambigüedad en *Marcos Ramírez*. Ya que este personaje no escribe sus reflexiones retrospectivas, el lugar y la fecha que aparecen después de la palabra FIN (Alajuela, julio 27-51) se refiere al término de la redacción de la novela por Carlos Luis Fallas.

Marcos Ramírez como novela autobiográfica

Podemos considerar *Marcos Ramírez* como *novela autobiográfica*, que tantas veces ha revestido la forma de *relato de la infancia* (por ejemplo, en la nueva narrativa española). León Pacheco, en el prólogo a la novela *Marcos Ramírez*, ya declara esta orientación genérica al afirmar: “Más que una novela Marcos Ramírez es una crónica infantil.” (12). Si extendemos este enunciado hasta ‘extraer’ su *implicatura*, podremos añadir: “...es la crónica infantil novelada de Carlos Luis Fallas, donde ha incorporado algunos datos biográficos personales en el relato de un personaje ficcional.”

La *novela autobiográfica* se encuentra más próxima al *pacto autobiográfico* que la *autoficción* y la *autobiografía ficticia*; aunque no se presenta la identidad entre el autor, por una parte, y el narrador y/o el personaje protagonista, por otra, en cambio, en el ámbito de la propuesta de lectura ofrecida por el autor a sus lectores se podría considerar como un caso de *autobiografismo escondido* (Alberca, 2007: 92), lo que la acerca más, frente que la autobiografía ficticia, a la posibilidad de confrontar los datos ofrecidos con documentos factuales del mundo ‘real’. La comparación con la llamada *realidad referencial* es un proceso que la instancia editorial y/o la autorial incentivan en el público lector. Es imprescindible conocer la biografía pública del autor para determinar el nivel de *biografismo* que pudiera llegar a tener la novela que el lector tiene entre sus manos. Las ediciones de *Marcos Ramírez* incluso invitan a realizar este tipo de lectura genérica al incorporar como *paratextos* tanto una corta *autobiografía* de Carlos Luis

Fallas como un prólogo de León Pacheco. El lector queda invitado a establecer comparaciones entre los datos biográficos ofrecidos por éste último, los autobiográficos del propio Carlos Luis Fallas y los autobiográficos que proporciona el personaje Marcos Ramírez (reflexiones que no pone por escrito). Aunque en esta última novela, a nivel formal, no se establezca la identidad Autor=Narrador=Personaje protagonista, propia de la autobiografía a secas, los paratextos incentivan a que el lector se salte esta distancia e identifique en gran medida a Marcos Ramírez con Carlos Luis Fallas. Ya señala Tortosa (2001: 54) que la identidad entre las tres instancias se puede establecer al comprometerse el narrador a comportarse “como si fuera tal autor, haciendo que el lector no dude de que el yo remite al nombre que figura en la portada, aun cuando el nombre no se respete en el texto.” (en cursiva en el original). El lector puede establecer una relación de *semejanza*, y no de *identidad*, entre Marcos Ramírez y Carlos Luis Fallas al confrontar texto central y paratextos.

Un dato que proporciona el personaje Marcos Ramírez nos permite consolidar, mediante contraste con datos referenciales del mundo empírico, su interpretación como alter-ego de Fallas. En el episodio de la terna en el colegio declara desde el presente de la enunciación: “Hoy, cuando desde la atalaya de mis cuarenta y dos años miro hacia atrás y evoco aquel suceso y recuerdo todo lo que desde ese día ha sido mi duro y tormentoso pasado, considero que salí ganando” (209). Al final de la novela aparece una fecha y un lugar: ‘*Alajuela, junio 27 del año 51*’, que hemos de asociar al momento en que Fallas termina la escritura de la novela. No deja de llamar la atención que en el presente de la enunciación Marcos Ramírez tiene cuarenta y dos años (42) y que precisamente los años que median entre el nacimiento de Fallas (1909) y la fecha en la que concluye la redacción de la novela (1951) sean precisamente cuarenta y dos años.

Incluso en las ediciones de *Mi Madrina*, y sin invalidar las pretensiones de ofrecer el relato como *autobiografía ficticia*, la incorporación de la corta autobiografía de Carlos Luis Fallas invitaría a realizar una lectura del texto en clave

de *novela autobiográfica*. La ambivalencia desde la que puede ser leída *Mi madrina* es posible, ya que si bien la *autobiografía ficticia* está definida por el uso de ciertos procedimientos enunciativos, el hecho de que la *novela autobiográfica* sea un modo de lectura permite que incluso sean leídas también desde esta clave interpretativa las *autobiografías ficticias*. Es decir, un lector puede encontrar datos que certifiquen un autobiografismo escondido incluso en una *autobiografía ficticia* (finalmente, la escritura de la propia vida por parte del personaje es uno de los pocos datos formales, sino el único, que distinguen a la *autobiografía ficticia* de la *novela autobiográfica*). Un lector *competente genéricamente* puede actualizar ambas expectativas genéricas ante la lectura de *Mi madrina*, no sólo al leer el llamado *texto central*, que definiría el texto como *autobiografía ficticia*, sino al leer también el para-texto acompañante, la *autobiografía* de Carlos Luis Fallas, que invitaría a realizar un *modo de lectura* desde las coordenadas decodificadoras implícitas en la *novela autobiográfica* (Juan Ramón Artavia como personaje que guarda *relaciones de similitud biográfica* con Carlos Luis Fallas).

Alberca explica el auge de la *novela autobiográfica* en la España de la Restauración, con todos sus juegos de disfraces, en razón de la pudorosa moral burguesa del siglo XIX (Alberca, 2007: 114-120). Lo mismo podemos decir de la presencia, sino auge, de la *novela autobiográfica* en la Costa Rica de mediados del siglo XX, espacio predominantemente rural caracterizado por el mismo tipo de moral pública. Las mismas intenciones se esconderían detrás de *autobiografías ficticias* como la presentada en *Mi madrina*.

El *relato de infancia* es muy común en ambos géneros. Teniendo en cuenta que uno de los objetivos de la escritura autobiográfica es recapitular una vida desde un presente de la enunciación donde el individuo considera que su conciencia y personalidad ya se encuentran clausuradas, fijas, el relato de la infancia y de la adolescencia permite tematizar los progresos realizados durante el desarrollo vital del sujeto, hasta alcanzar un perfil acabado. En otras

palabras, permite tematizar una época de la vida que se percibe desde el presente de la enunciación como caracterizada por el proceso de formación de la subjetividad, de la conciencia.

En *Mi madrina* y *Marcos Ramírez* se clausura la narración con el final de la infancia y el ingreso en la vida adulta. En este sentido, el final de ambas novelas es idéntico, ya que se centran en la frontera entre dos etapas vitales. En todo caso, se presentan diferencias. El final de *Mi madrina* se orienta hacia la evaluación de una etapa que ya se considera clausurada: “yo sentía que con la muerte de mi madrina acababa de abrirse en mi vida un profundo, inmenso vacío que nada ni nadie podría volver a llenar jamás.” (109), mientras que el de *Marcos Ramírez* se orienta hacia la apertura del futuro: “¡Se iniciaba la gran aventura, la aventura de mi vida! (303). El final de esta novela, relato mucho más picaresco que *Mi madrina*, es similar al del Buscón, la novela de Quevedo, también orientado hacia el futuro: “determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte.” (Quevedo, 228-29).

La reflexión sobre el bios y sobre el autos en *Mi madrina* y *Marcos Ramírez*

El *bios*, el *autos* o la *grafía* son las tres etapas por las que han pasado las reflexiones teóricas sobre la *autobiografía* (Pozuelo Ybancos, 1993). También podemos analizar la escritura autobiográfica desde esta estructura, según el narrador se concentre en el *bios* (es decir, en el relato de su vida) en el *autos* (en los procesos de reconstrucción de las experiencias vitales pretéritas) o en la *grafía* (en la conciencia de la construcción textual o discursiva que implica relatar la propia vida). En estas circunstancias, podemos preguntarnos si las reflexiones que emprenden Juan Ramón Artavia en *Mi madrina* y Marcos Ramírez en la novela del mismo nombre se centran en el *bios*, en el *autos* o en la *grafía*.

En *Mi madrina*, Juan Ramón se concentra en el *bios* al recordar su vida, en lugar del *autos* o la *grafía*. Emprende un relato cronológicamente lineal, con fisuras o huecos temporales (pero no interpretativos). Su rememoración se caracteriza por la certidumbre, la seguridad. Por ejemplo, establece coordenadas espacio-temporales precisas al relatar el pasado. Así, cuando muere su madrina, afirma: “La enterramos a las tres de la tarde” (108). La *analepsis* (caracterizada por la yuxtaposición de episodios fragmentarios), la *elipsis* (entre estos episodios), el *resumen* (de acontecimientos) y la *iterabilidad* (‘algunas veces’, ‘frecuentemente’, ‘acostumbrábamos’)-, procedimientos que organizan el recuento de los acontecimientos narrados, pertenecen a una autobiografía organizada a partir del *bios*.

En cambio, en *Marcos Ramírez*, sin desligarse del predominio del *bios*, adquiere mayor importancia el *autos*, es decir, las reflexiones sobre el papel de la actividad cognitiva de la memoria a la hora de reconstruir, mediante imágenes mentales, el pasado personal. A veces, el narrador asegura ‘recuperar’ las imágenes del pasado guardadas en la memoria con total fidelidad, tal como fueron aprehendidas por su ojo infantil: “Me parece estar viviendo ahora aquellos primeros días de colegio, estar mirando aún a todos mis compañeros de clase.” (202). A continuación se desarrolla una *hipotiposis* –descripción precisa– de estos últimos. En otras ocasiones, desde el presente de la enunciación, declara que las imágenes mentales que tiene en su memoria quedaron modeladas por su mirada infantil. Es decir, en lugar de ser registros fotográficos, son ficciones producidas por sus propios encuadres cognitivos. Así, en el episodio de los globos de papel de colores, Marcos Ramírez declara: “¡Ese resultaba un espectáculo realmente maravilloso y extraordinario para quien, como yo, lo contemplaba con la fantasía de un chico de siete años! (46). En otro episodio, declara: “es muy posible que esa tal ojeriza de don Juancho no fuera otra cosa que una simple y antojadiza suposición mía, de muchacho.” (202). En otra oportunidad, expone la siguiente reflexión sobre los procedimientos de la memoria: “Yo vivía feliz en casa de mis abuelos.

A veces mi abuelo me llevaba con él a lugares lejanos, por caminos solitarios que a mí me parecían maravillosos. De esos viajes me quedó la impresión de ir corriendo siempre en pos de una largas piernas que avanzaban a grandes zancadas, sin cansarse nunca; y el recuerdo del respeto con que la gente le hablaba a mi abuelo.” (Fallas, 2008: 43). De una época de enfermedad declara tener *recuerdos difusos*: “De esos largos y angustiosos días de fiebre y de delirio apenas si conservo vagos recuerdos, muy borrosos, como de cosas vistas a través de una niebla espesa que me ahogaba.” (2008: 149).

Las *recapitulaciones autobiográficas*, cuya función es declarar expresamente que el yo enunciativo tiene clara conciencia de haber clausurado etapas vitales, son numerosas en Marcos Ramírez. Tal parece que, desde el presente de la enunciación, el narrador evalúa negativamente su comportamiento ‘picaresco’ en la infancia. Pero no sólo desde el presente de la enunciación Marcos Ramírez realiza *recapitulaciones morales*. Parte de sus rememoraciones se dedican a recapitulaciones previas adoptadas tiempo después de los acontecimientos ‘picarescos’, aunque no desde el presente de la enunciación. En todo caso, en las *recapitulaciones morales*, Marcos Ramírez contrasta los acontecimientos ocurridos con su posterior desarrollo vital. Adopta una *evaluación panorámica* de su propia vida. He aquí algunos ejemplos:

“El préstamo del Corazón de Jesús fue mi última picardía en el afán de obtener dinero fácilmente.” (91).

“¿Cómo iba a imaginarme esa noche que con el andar del tiempo, casi treinta años después, ese muchacho y yo nos volveríamos a encontrar de nuevo en campos opuestos, con las armas en la mano? (108-109);

“Con la excepción de mi primer grado, que cursara felizmente en Alajuela, yo fui siempre un pésimo escolar, revoltoso, desaplicado e incumplido.” (140);

“Y en verdad, con la oportuna y prolongada ola de temblores ni la policía ni nadie se volvió a

acordar jamás del maldito incendio del potrero y los cañaverales...! (197)

“mis estúpidos cuentos corrieron inmediatamente y como un reguero de pólvora por todo el Colegio [...] Tiempo después, rumiando mis dificultades y disgustos en el Colegio, llegué a jurar y rejar que se debían a la ojeriza que el Director me cobrara desde que esos cuentos habían llegado a sus oídos” (201).

“¡Loco y absurdo engreimiento de un muchacho como yo, tan amigo de fantasear! Dichosamente, en la rudeza de la vida que muy pronto tuve que afrontar dejé perdidas para siempre esas ridículas pretensiones.” (205)

Rivalizaba “con no pocos compañeros que se dedicaban, como yo, a perder el tiempo lastimosamente.” (222);

“Yo tuve ese día una ocurrencia desgraciada que nunca me he podido perdonar. [...] Por un absurdo sentimentalismo renové un dolor que ya estaba adormecido. Debí quemar esas malditas cartas [entregadas por M.R. a Talía con ocasión de la muerte de su tío Zacarías...]” (263)

El narrador tematiza la existencia de una brecha identitaria entre el *yo del presente* y el *yo pretérito*. No puede existir una relación especular entre ambos, ya que durante el marco temporal transcurrido se ha operado un cambio en sus intereses vitales. En estos momentos, Marcos Ramírez asume cierto tono confesional donde reconoce los ‘errores’ de la niñez y la adolescencia. En la conciencia confesional tenemos un precedente de las autobiografías: “Cuando aparece un intento de fijar a la persona de uno en tonos de arrepentimiento, a la luz del deber ser moral, surge la primera forma esencial de objetivación verbal de la vida y la personalidad [, la confesión] ” (Bajtín, 1998: 125). Pero no sólo es crítico con las acciones personales que realizó en el pasado. También lo es con la institución educativa, que con su *memorismo*, según nos dice Marcos Ramírez adulto, se encargó de destrozarse las carreras prometedoras de muchos estudiantes.

Desde el presente de la enunciación parece hablar un *hombre público* que quiere demostrar

la toma de conciencia social (Juan Ramón como médico de la comunidad en *Mi madrina*) y política (Marcos Ramírez comprometido en las luchas ideológicas en la novela del mismo nombre) que opera en todo ser humano que llega a la edad adulta.

Reflexionar sobre el cuidado de sí mismo en el relato autobiográfico

Tanto *Marcos Ramírez* como *Mi madrina* son novelas narradas en primera persona por el personaje protagonista. Son relatos *autodiegéticos*. En ambos casos, los niños protagonistas adoptan en su cotidianidad estrategias de *adaptabilidad* a su medio social, tema principal de su escritura, como el de toda modalidad de escritura *autobiográfica*.

Desde el presente de la reflexión (*Marcos Ramírez*) o de la escritura (*Mi madrina*), actividades caracterizadas por el *conocimiento de sí mismo*, el adulto recuerda las *estrategias de adaptabilidad* que asumió en su infancia en un medio familiar y social predominantemente rural. En ambas novelas, y eso lo podemos decir de los relatos autobiográficos centrados en el *bios*, los niños protagonistas adoptan en su cotidianidad las *técnicas de sí*, aquellas que, según Foucault, “permiten a los individuos efectuar, solos o con la ayuda de otros, algunas operaciones sobre su cuerpo y su alma, sus pensamientos, sus conductas y su modo de ser, así como transformarse, a fin de alcanzar cierto estado de felicidad, de fuerza, de sabiduría, de perfección o de inmortalidad.” (445), o, como lo define en otros dos artículos, remite a “los procedimientos [...] que son propuestos o prescritos a los individuos para fijar su identidad, mantenerla o transformarla...” (255); es el conjunto de reflexiones “sobre los modos de vida, sobre las elecciones de existencia, sobre el modo de regular la propia conducta, de fijarse a uno mismo medios y fines” (257-8). Propongo que las *técnicas del sí* no son sólo actividades asumidas por filósofos, ascetas o ciudadanos griegos, si pensamos en los ejemplos ofrecidos por Foucault en *Ética y hermenéutica*, sino que también pueden ser asumidas por cualquier ciudadano alejado de

reflexiones intelectuales (políticas, filosóficas). En el caso que nos ocupa, también pueden ser asumidas por niños. Toman conciencia de vivir cierta situación, sobre todo en su relación con los adultos, y a partir de sus reflexiones deciden adoptar o no, dependiendo del caso, cambios en sus conductas y en su personalidad.

En todo tipo de autobiografías, parte importante de las reflexiones de los narradores giran alrededor de las *técnicas del sí*. Foucault destaca que una de estas *técnicas* definidas por la filosofía estoica es “el examen de sí mismo y de su conciencia, que comprende la evaluación de lo que se ha hecho, de lo que se habría debido hacer y la comparación de ambos aspectos.” (459). Pues bien, en el marco del proceso de *conocimiento de sí mismo* que es la *escritura autobiográfica*, el narrador recuerda los exámenes de conciencia que adoptó en su niñez, y cómo adaptó, en consecuencia, su conducta y su modo de ser. Es decir, un proceso de conocimiento de sí mismo como es la *escritura autobiográfica* permite reflexionar sobre las técnicas del sí emprendidas en el pasado.

En *Mi madrina*, un ejemplo de *autorregulación* de la conducta aparece durante el *novenario*: “yo me hice un puño junto a ella, procurando no incomodar a nadie y con el deseo de poder pasar inadvertido, para que después no se fijaran en mis cabeceos, cuando me dominara el sueño.” El niño trata de comprender las relaciones de su Madrina con la vecindad: “Y desde entonces su vida habíase hecho muy misteriosa, surgiendo en la mía, por tal razón, muchas complicaciones... (p. 43). Asimismo, adopta *tácticas de cuidado de sí mismo* como es la búsqueda de comida en las propiedades aledañas. Otra táctica es la prestación de servicios a los adultos. Así, ayuda en la barbería de Crisanto.

La cotidianidad del niño gira alrededor de las relaciones de *adaptabilidad* frente a los adultos. Desconoce el pasado de su propia familia y muchas veces serán los relatos de los adultos los que proporcionen piezas para llenar este *puzzle*. Juan Ramón Artavia indaga constantemente la opinión pública, como ante los rumores de que su madrina es una bruja: “Ese estúpido rumor me hacía vivir en constante angustia” (51). A partir

de estos rumores reflexiona y modifica sus relaciones con el vecindario. Va adquiriendo un dominio sobre sí mismo, aunque no lo logre siempre: “Todas esas cosas me maravillaban y, algunas veces, me causaban un raro temor.” (p. 44).

En *Marcos Ramírez*, el niño adopta *técnicas de sí* para adaptarse al espacio de la educación formal, como sucede al incorporarse al Colegio de Alajuela: “Al entrar al viejo edificio del Instituto sentí una rara impresión, y me detuve un momento, titubeando, frente al patio interior. [...] Estuve a punto de devolverme y echar a correr hacia mi barrio, porque iba descalzo –mi madre no pudo, a pesar de sus deseos, comprarme unos zapatos– y, además, porque debía solicitar del Secretario un permiso para llevar después el dinero de la matrícula, que ella no había podido reunir también. Dichosamente logré vencer a tiempo mi indecisión y, aparentando entonces mucho desenfado, subí con firmeza la escalera” (p. 198). Aunque no tenemos acceso al contenido de sus pensamientos, a las razones que ha podido formular para tomar su decisión, en este caso Marcos Ramírez ha realizado una *operación sobre su cuerpo*, vence su timidez e indecisión, para alcanzar un estado de fuerza (*fortaleza* para continuar en la casa de enseñanza). Inferimos que su propósito será enfrentar en el futuro con valentía el potencial escarnio que pueda recibir de sus compañeros de clase por su origen social.

Un segundo examen de sí mismo, y que determina cambios en su conducta, surge ante la confesión que el profesor Don Gordiano le hace sobre las dificultades que tiene a su avanzada edad para memorizar conocimientos. Marcos reflexiona sobre la conducta burlesca adoptada hasta ese momento con este profesor ante los demás estudiantes y toma la decisión de cambiar su conducta: “Desde esa tarde jamás volví yo a interrumpir las aburridas clases de don Gordiano.” (282).

Otro examen de sí mismo, que le permite evaluar de lo que ha hecho hasta ese momento y que determinará sus decisiones futuras, surge a raíz de la insatisfacción que le produjo quedar tercero entre los mejores estudiantes de su año. Define el sistema de las ternas como un absurdo

pedagógico y jura, intención que cumple a partir de ese momento, vender sus libros y dejar de estudiar. Pero el más decisivo examen de sí mismo ocurre cuando pierde los exámenes al final del curso: “Y un momento después bajaba yo a grandes saltos la escalera del colegio, por última vez, porque había resuelto definitivamente no volver a poner los pies allí jamás./ Esa tarde mi cabeza trabajó intensamente buscando una salida para mi apurada situación.” (288) Toma una alternativa. Su decisión consiste en recoger de casa su escasa ropa, comprar un pasaje para Puntarenas y Limón y fugarse en un barco (289). Todos sus exámenes de sí mismo tienen una orientación temporal futura: tomar decisiones que permitan, desde el anhelo de libertad, modificar su lugar en la sociedad, sus relaciones con los demás. La frase que formula Marcos Ramírez, al relatar el momento en el que decide abandonar tanto el colegio como a su familia –“¡Iba a comenzar al fin mi gran aventura!”(289)–, será expresada de nuevo cuando aguarde en la Estación de Alajuela el ferrocarril que le lleve a Limón –“¡Se iniciaba la gran aventura, la aventura de mi vida!” (303)–. El *examen de sí mismo* implica, en el adolescente, la toma de conciencia de la posibilidad de elegir entre la libertad y el sometimiento. Marcos Ramírez elige la libertad, la lucha por la autoafirmación. La vida implica ‘aventura’, incertidumbre ante el futuro, y toma de decisiones, aunque sean las equivocadas. La intencionalidad de sus reflexiones autobiográficas es, principalmente, dejar constancia de esta lucha por la libertad individual.

Conclusiones

En ambos casos, los narradores certifican la *identidad* entre el individuo que reflexiona desde el presente de la enunciación y el individuo cuyas experiencias vitales se relatan. Son relatos autobiográficos que se concentran en el *bios* y, en ciertas ocasiones, en el *autos*. En las novelas comentadas, mediante el conocimiento de sí mismo que supone la escritura autobiográfica,

los narradores se dedican a relatar las reflexiones que adoptaron en la niñez para adaptarse a las condiciones familiares, vecinales y escolares. Pero, ¿qué motiva a ambos narradores *autodiegéticos* a relatar parte de su propia vida, uno de ellos –en el caso de *Mi madrina*– por escrito? Las motivaciones de la escritura o, simplemente, de la reflexión autobiográfica, pueden ser muchas¹. En las dos novelas analizadas, las motivaciones deben extraerse a partir de la interpretación conjunta de *texto central* y *paratextos*. Se procura resaltar las posibilidades de ascenso social en una Costa Rica pobre, en la que siguen actuando, con cierta efectividad, relaciones sociales comunales basadas en la solidaridad, así como instancias institucionales de promoción social. Asimismo, ambos narradores, desde el presente de la enunciación, construyen una subjetividad infantil y adolescente ‘avispada’, inconformista, contestataria. Los procesos de aprendizaje y de toma de conciencia relatados están al servicio de la identidad adulta. El lector infiere la intencionalidad de los enunciadores: sólo una subjetividad infantil ‘despierta’ podrá contribuir a perfilar una personalidad adulta acabada, madura. Ambas novelas están al servicio de la legitimación del sujeto luchador que tiene conciencia de servir, y de criticar al mismo tiempo, a la comunidad costarricense (médico, en *Mi madrina*; sindicalista, en *Marcos Ramírez*). Ambos narradores, desde el presente de la enunciación, certifican: ‘así he sido en el pasado, y así es como el medio social en el que he crecido ha contribuido a modelar mi personalidad presente.’

A pesar de la pretensión de identidad entre el yo pasado y presente, también se presenta la conciencia dialógica. En *Marcos Ramírez*, más que en *Mi madrina*, tenemos una *pluriconciencia dialógica* (frente a la *conciencia monológica*). El *dialogismo interno* no sólo lo apreciamos por la conciencia de la separación entre la conciencia del yo enunciativo adulto y el yo infantil, sino que también se observa en la confrontación entre este último y una conciencia temporalmente posterior que reevalúa los acontecimientos

pretéritos mediante enunciados del tipo “años después, comprendí que...” o “posteriormente, reconocía que en aquellos momentos me había comportado de X manera...”. En este sentido, respaldamos la propuesta de Rodríguez Cascante al entender “la autobiografía como un conjunto de enunciados dialógicos que presentan la constitución de la autoconciencia de un sujeto ficcional.” (2004: 109).

Por último, el relato de las *técnicas de sí* se incorpora en escrituras autobiográficas centradas en el *bios*. La evaluación de lo que se ha hecho o de lo que debería hacerse y de actuar en consecuencia en una etapa clave de la vida es uno de los momentos claves que la conciencia, en el presente de la enunciación, considera como más relevantes de expresar en su reflexión autobiográfica.

Notas

- 1 Tortosa (2001: 19) nos ofrece una enumeración de posibles razones para la escritura autobiográfica, en el caso de las estrictamente factuales.

Bibliografía

Alberca, Manuel. 2007. *Del pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Bajtín, Mijaíl. 1986. *Problemas de literatura y estética*. La Habana: Editorial Arte y literatura.

Bajtín, Mijaíl. 1992. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Universidad.

Bajtín, Mijaíl. 1998. Autor y personaje en la actividad estética. *Estética de la creación verbal*. Mexico: Siglo veintiuno editores, 13-180.

Bajtín, Mijaíl. 1999. *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El*

contexto de Francois Rabelais. Madrid: Alianza Editorial.

De Man, Paul. 1984. “Autobiography as defacement”, en: *The Rhetoric of Romanticism*. New York: Columbia University Press: 67-82.

Fallas, Carlos Luis. 1995. *Mi madrina*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.

Fallas, Carlos Luis. 2008. *Marcos Ramírez*. San José: Editorial Costa Rica.

Foucault, Michel. 1999. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Editorial Paidós.

Pozuelo Yvancos, José M^a. 1993. *Poética de la ficción*. Madrid, Síntesis.
Magallanes Latas, Fernando. 1996. “El acercamiento al texto literario de carácter autobiográfico: puntos de partida terminológicos y conceptuales”, *Revista de filología alemana*, n.4, 75-82.

Magallanes Latas, Fernando. 1996. “El acercamiento al texto literario de carácter autobiográfico: puntos de partida terminológicos y conceptuales”. *Revista de filología alemana*, 4, 75-82.

Molero de la Iglesia, Alicia. 2000. *La autoficción en España*. Bern-Oxford: Lang.

Puech, Jean-Benoît y Jacky Couratier. 1987. “Dédicaces exemplaires”, *Poétique*, 61-82.

Rodríguez Cascante, Francisco. 2004. *Autobiografía y dialogismo*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Tortosa, Virgilio. 2001. *Escrituras ensimismadas. La autobiografía literaria en la democracia española*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.

Quevedo, Francisco de. 2002. *La vida del Buscón*.
Barcelona: Área.

Zavala, Iris M. 1991. *La posmodernidad y Mijail
Bajtín. Una poética dialógica*. Madrid:
Austral.